

lia y la Polonia; que debía renunciar á la Polonia porque quería continuar siendo amigo de la Rusia, pero quedaba la Italia (1).

En diciembre se fijó el convenio con el Piamonte, en el cual se le prometía la Lombardia y Venecia, Parma, Módena, la Romagna y las Legaciones, debiendo ceder á la Francia la Saboya; al Papa se le dejaba únicamente Roma y las inmediaciones por vía de jardín, como dijo About. El anuncio de la guerra se hizo público el primer día del año 1859, cuando en la recepción del cuerpo diplomático dijo el emperador Napoleón al embajador austriaco, baron de Hübner: «Siento que las relaciones de mi gobierno con el Austria no sean tan buenas como antes; pero suplico á usted diga á su soberano que respecto de él no han cambiado mis sentimientos personales.» Estas palabras resonaron por toda la Europa como un cañonazo de alarma, y Pereire dijo á Napoleón despues que este tiro costaba á la Francia mil millones, por la baja de todos los valores públicos franceses (2).

## CAPITULO VII

## LA GUERRA DE ITALIA

El Austria estaba preparada para el lenguaje amenazador de Napoleón; se había ocupado ya desde mediados de noviembre en planes de movilización, y no se dejó engañar por los esfuerzos del gobierno francés para quitar á las frases de Napoleón la trascendencia que tenían, calificando en un artículo del *Monitor* como infundadas las voces nada tranquilizadoras que corrían. Se ha creído que Napoleón llegó á vacilar, pero esto no fué serio, conforme lo prueba el aditamento que recomendó al discurso de la corona del 10 de enero de 1859, cuando se le presentó previamente (3). Encontró demasiado fuerte la expresión de que el Piamonte aguardaba los sucesos venideros con perfecta claridad y decisión, pero hizo proponer por Mocquard la famosa de que el rey del Piamonte no podía continuar insensible, no obstante todo el respeto que tenía á los tratados, al grito de dolor que llegaba á él desde todas las partes de Italia. Esta frase costó á la Francia según Pereire otros dos mil millones. Fueron principalmente estas pérdidas financieras las que entonces en Francia hicieron la guerra enteramente impopular. Excelentes bonapartistas, como Próspero Merimee (4), se lamentaban de la increíble cobardía que prevalecía, y atribuyeron la culpa á la monarquía de julio, que durante diez y ocho años había propagado el culto de los intereses materiales, causando la degeneración de la sangre antigua del pueblo galo. De modo que no se temía á la revolución, á pesar de ser un peligro verdadero, sino la baja de los valores públicos. Los ministros y los salones eran contrarios á la guerra (5); Thiers escribió una comunicación en este sentido que fué enseñada al emperador, el cual encontró en ella algunas cosas acertadas, pero el total de muy corto alcance (6). Aquel viejo orleanista, que siempre había considerado la debilidad de los países vecinos como elemento indispensable del poderío francés, temía que la Italia engrandecida pudiera llegar algún día á ser enemiga de Francia, y Merimee temió también que manifestara algún día su gratitud reclamando la Córcega (8 de abril de 1859, tomo II,

(1) Jerrold, tomo IV, págs. 156 y 162.

(2) Jerrold, tomo IV, pág. 183; carta de lord Cowley á Malmesbury, del 11 de enero.

(3) Chiala, tomo III, pág. 42.

(4) En su carta á Panizzi, tomo I, pág. 21.

(5) Viel Castel, tomo V, pág. 14.

(6) Senior, tomo II, pág. 243.

pág. 27). Esta opinión favorable á la paz solo duró el tiempo que pareció indecisa la cuestión de guerra. Cuando ya no quedó lugar á duda, dijo también Merimee que el espíritu galo se había despertado otra vez; que reinaba un entusiasmo hasta cierto punto grandioso, pero también terrible; que el público saludaba la guerra con alegría, lleno de confianza; que los soldados marchaban á campaña como si fueran á un baile; que el emperador era más popular que nunca, y que un obrero le dijo (á Merimee): «Bigotillos (*Moustachu*) es el más fuerte, pues tiene los papeles de su tío.»

Si algo podía dar cuidado al emperador era la actitud de la Prusia, que se vió impulsada por la opinión pública á aproximarse al Austria. Napoleón envió al almirante La Roncière-le-Noury á San Petersburgo y de paso también á Berlín, donde fué muy bien recibido y donde propuso á la Prusia el Holstein, el Hanover y el Hesse-Electorado si el gobierno prusiano apoyaba al francés en el asunto de Italia; pero el gabinete de Berlín permaneció fiel á su política de no comprometerse (7). Por un momento mostró también la Rusia una actitud ambigua, exigiendo en cambio de su apoyo á la política de Napoleón, que se anularan las disposiciones de la paz de París desfavorables á la Rusia, á lo cual no pudo acceder Napoleón por las consideraciones que debía á Inglaterra, pero accedió sin dificultad á la exigencia de que no se suscitara la cuestión de Polonia. Estos temores, sin embargo, no influyeron ya en las disposiciones del emperador. En 11 de febrero ordenó al mariscal Castellane en Lyon que tuviera sus tropas dispuestas para ponerse en marcha (8); dos días despues dijo el *Monitor* que el príncipe Napoleón había salido para Turín, y otros periódicos añadieron á esta noticia que se trataba de sus desposorios con la hija del rey del Piamonte y de una alianza de guerra. En efecto, el 18 de enero se efectuó la alianza conforme había sido convenido anteriormente; el 23 se celebraron los desposorios y el 30 del mismo mes la boda.

La joven princesa era en realidad una víctima de la política, porque ningún porvenir halagüeño le esperaba. La emperatriz no le era favorable, y el orgullo de la princesa de antiquísima estirpe aumentó la antipatía. Muy bien pudo ser que la joven princesa contestara á la emperatriz al darle ésta algunos consejos maliciosos en materia de *toilette*: «Señora, usted olvida que he nacido en la corte;» expresión que Eugenia no olvidó. Peor fué la conducta del príncipe, que pronto volvió á sus amoríos, dando que hablar con sus relaciones con Cora Pearl y la señora Claudin, relaciones que no trató de ocultar; de suerte que la vida de la princesa, que se mostró poco en las Tullerías, fué monótona y triste, dedicada enteramente á la educación de sus hijos, á prácticas religiosas y obras piadosas. No llegó á ser popular (9).

La llegada de los recién casados á la capital fué saludada con dos manifestaciones políticas. El 4 de febrero vió la luz pública el folleto: *Napoleón III y la Italia*, escrito por La-gueronniere y revisado por el emperador, en el cual se expusieron las razones que debían conducir á la guerra, y se excitaba á la diplomacia á hacer antes lo que de todos modos había de hacer despues. La otra manifestación fué que el 7 de febrero abrió el emperador la cámara con un discurso de la corona en el cual dijo que la excitación existente debía sorprender sin duda por no existir peligro visible y que por lo mismo era testimonio de una excesiva desconfianza y temor; pero refiriendo á renglón seguido su desavenencia con el gabinete de Viena, que en su opinión exigía un espíritu

(7) Sybel, pág. 42.

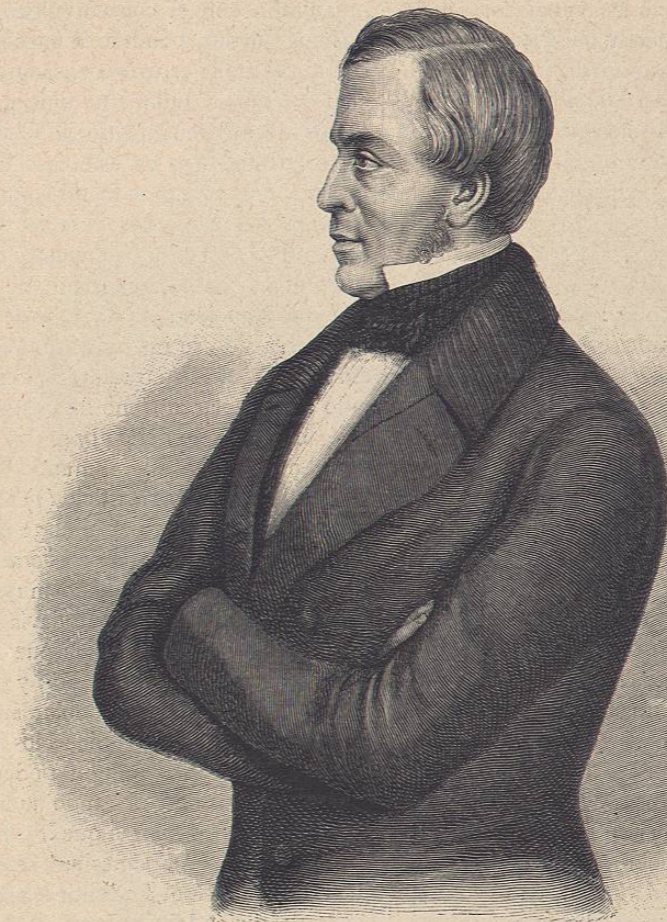
(8) El duque de Almazan: *La guerre d'Italie*, Paris, 1882, página 54.

(9) Sylvanecte, pág. 128.

muy conciliador, y exponiendo la situación anormal de Italia, donde tropas extranjeras estaban encargadas de mantener el orden. No llamó la atención la inmediata observación de que esto no era motivo suficiente para creer en la guerra, de suerte que muy pocas personas creyeron en la conservación de la paz.

Entretanto Cavour trabajaba sin descanso en los preparativos de la guerra; pidió y obtuvo de la cámara la autorización de emitir un empréstito de cincuenta millones, y mien-

tras que el príncipe consorte de Inglaterra contaba en tono triunfante (1) que el ministro piamontés no tenía crédito y que sus banqueros no eran capaces de suscribirse siquiera por mil libras esterlinas, los pequeños capitalistas suscribieron con exceso en el mismo país el empréstito pedido, firmando ochenta millones en lugar de cincuenta (2). Los armamentos que se hicieron públicos se efectuaron con mucha lentitud, empezando por acercar las guarniciones más distantes á la frontera austriaca y admitiendo en el ejército los



Lord Cowley.

muchos voluntarios que acudieron de otros países italianos y en particular de la Lombardia. Por su parte La-Farina, que estaba en comunicación constante con Cavour por un lado y con Garibaldi y varios patriotas por otro, se ocupaba con actividad febril en preparar en todas partes la sublevación y la formación de compañías de voluntarios. Era de la mayor importancia evitar estallidos prematuros, y La-Farina lo consiguió completamente gracias á la disciplina del partido de acción, no obstante los muchos elementos republicanos que comprendía.

En Viena no se empleó tanto trabajo para ocultar los preparativos militares que el gobierno adoptaba, porque por un lado no le convenía detenerse en escrúpulos diplomáticos para proceder con energía, y por otro tenía que hacer en pocos meses lo que había descuidado desde muchos años. El estado del ejército austriaco no era satisfactorio bajo muchos conceptos, faltándole en primer lugar oficiales suficientes y sobre todo idóneos y simpáticos á la tropa, y respecto á división, armamento y vestuario, apenas se había aprovechado la experiencia de las últimas guerras. En segundo lugar, más de la mitad del ejército se hallaba en la parte oriental de la monarquía, teniendo el gobierno aus-

tríaco en Italia tres cuerpos, en junto aproximadamente cincuenta y cinco mil hombres, mandados por el muy inepto Giulay; y hallándose todavía en vía de construcción el ferrocarril de Sommering, no había medio de enviar rápidamente tropas á la Lombardia. El gobierno austriaco ansiaba hacia años la conclusión de este ferrocarril para poder proveer de artillería pesada el potente cuadrilátero á orillas del Adige y del Mincio, cuyas plazas y fortificaciones estuvieron armadas durante toda la guerra con cañones de á seis y de á doce, mientras las piezas destinadas á las fortificaciones se hallaban en la última estación del ferrocarril, esperando la conclusión de éste para ser llevadas á su destino. Si las negociaciones que precedieron á la guerra no hubiesen sido tan largas como fueron, el gobierno austriaco no habría podido presentar en la Italia alta un ejército apto para emprender una campaña; pero las tentativas de mediación de las grandes potencias le dieron tiempo para adelantar sus armamentos; y si faltaba todavía mucho para tener los preparativos completos, fué culpa únicamente de la lentitud propia de la administración austriaca.

(1) T. Martin, tomo IV, pág. 357.

(2) Chiala, tomo III, pág. 309.